



LA CENA

Por Adolfo LEIBAR

Un atento «B.L.M.» del alcalde reúne en «Amulleta» a los habituales colaboradores de la Revista OARSO. Grupo de renterianos de ayer y de hoy y de simpatizantes de siempre. Somos unos 30 los que a las 20,30 del 29 de mayo tomamos posiciones estratégicas ante la alargada mesa para dar comienzo a lo que, hoy tan en boga, se titula «cena de trabajo»; otros, se excusan. Xabier Lete lo hace en oyarzuarra: «I, Léibar! Ezankiyotek afaltzea ezin naizela jon, miñon rebistako lanin launduko dutela». Y con un escrito estupendo lo hace Fausto Arocena.

El alcalde informa que este año, aprovechando la circunstancia de que cuenta con las fotografías de los alcaldes de Rentería que desde el año 1900 hasta la fecha han sido, el tema predominante de la revista será la figura del alcalde; girará en torno al alcalde-vasco-tipo. Un ingenuo, amante de la precisión, pregunta si se puede escribir también de los malos. «Sí, pero sin diferenciarlos de los demás...»

Goñi indica que sería conveniente concretar los aspectos del tema para repartirlos y evitar así las repeticiones.

Luego, «Bonni» remacha diciendo que las colaboraciones las precisa antes del 20 de junio. ¡Qué corto nos lo pones; habrá que comenzar ahora mismo!

Y la cena, preparada, ¡cómo no!, por «Vishente»—quien al final recibió aplausos—es atacada y vencida sin que los comensales manifiesten prejuicio alguno sobre la gula, que también es pecado. ¡Qué amorales!

Hacia el segundo plato descubro que quien está a mi derecha con el rostro oculto por una maraña de barba y cabello rasputinianos, es Aizarna; el amigo «Shanti», a quien en este momento le dice «Antontxu»: «Para mí, tú eres el que mejor se ríe en todo Europa» (afirmación por cierto no exenta de riesgo, puesto que entre los comensales se halla «don Anselmo», quien a la hora de carcajearse tampoco es manco).

Le pregunto a «Shanti»: «¿Y cuando tomas sopa de fideo cómo te las arreglas?» «¡ Hombre, pues, hago así!» (Y se recoge parte de la barba dentro del puño). «¡Ja, ja, ja, qué puñeteros sois! ¡Cómo es metéis conmigo!»; truena el hombre de Iturriotz.

Cubriendo todo el fondo de la mesa, sin dejar resquicio alguno, «Pedrotxo» se entera por Zabala que ha batido un record de «Txirrita»: éste pesaba 140 Kg. y «Pedrotxo» dos más... antes de la cena.

Loidi se dirige a Peña: «¿Te has dado cuenta de que las columnas de la iglesia de Fuenterrabía son casi todas distintas». «Pues, no. ¡Tomo nota, tomo nota!»

En la otra esquina de la mesa, «Mikel», Obeso y Cobreros hablan de París, de la novela francesa, del cine francés y, como está obligado, intuyo que también de la mujer francesa. ¡Oh, l'amour!

En mi zona el tema se polariza en los recientes descubrimientos romanos de Irún y en la localización de posibles calzadas y poblados en el valle de Oyarzun. Se especula sobre las vías de acceso desde las minas de Arditurri a Irún. Los eruditos (creo que mejor sería clasificarlos en escaladores) optan por subir desde Arditurri, a cara de perro, hasta Pikoketa y luego «tiras todo "p'abajo" y ya está Irún». Mi teoría es: «Tú cargas un burro o un "mando" en Arditurri y dile: ¡Arre! ¿A que no tira "p'arriba"? Si le empujas irá a Bost-bidieta, bordeará Leungo-arkaitzak y, desde allí, por Ameztoieta, bajará a Borrokozelaia para continuar por Gurutze y Andrearriaga hasta el estuario del Bidasoa. Este es un camino lógico: la calzada construida de acuerdo con el "sentido común" que caracteriza a los animales mencionados». Pero hay quien filosofa con mayor ironía: «Tú estás hablando del burro y del "mando", pero yo te hablo del esclavo. Y éste iría por donde se les pusiese en las narices a los centuriones romanos, quienes, a juzgar por los medallones y las esculturas, no eran chatos precisamente.» (Y cuando dice esto le mira fijamente a «Mikel» como recordando algo.)

En cuanto a la posible ubicación de un poblado romano en Oyarzun—y en esta ocasión prescindo de otros sentidos comunes—, sin duda que sería el casco, donde se asienta la parroquia: orientado al mediodía, protegido del norte, dominando el valle. Claro que para comprobarlo habría que tirar la iglesia. ¿Y quién, Sancho? No creo que sea suficiente ni siquiera el peso enorme de considerarlo como lugar ideal para la construcción de un coquetón campo de fútbol para párvulos.

Hacia las 11,30, Arbide, por no perder la costumbre, exclama: «¡Habrá que ir pensando en marcharnos a casa! ¿no os parece?». ¡Y ni Blas le hace caso!

Brota, pujante, el tema de las «ikastolas»: al aplicar la Nueva Ley de Educación, éstas, sin duda, tendrán complicaciones. Parece ser por otra parte que en las escuelas nacionales se llegará a dar clases de euskera. Desde luego que esto es interesante y responde a un deseo muy acusado por la comunidad—saber euskera—, sobre todo entre los jóvenes. Pero de todas formas conviene destacar que no es lo mismo aprender euskera que aprender EN euskera. Será necesario multiplicar muchos esfuerzos para que la sociedad sea bilingüe, pero lo superlativo de la empresa bien los justificará. ¡Si hubiera cuatro como «Bittor»!

También hay chistes, pero no todos salvarían la censura. Este sí, porque es «ñoño»: «Un padre de gemelos se lleva a uno, al mudo, a Lourdes, en espera del milagro que le diera el habla. Al meterle en las frías aguas, el mudo chilló: "¡Jolín, padre, qué fría que está; sácame que me muero!" Y el padre, lleno de alborozo e impaciencia, le llama por teléfono a su mujer: "¡Matilde, Matilde, milagro, milagro! ¡Que el mudo ya habla!" Y Matilde: "¡Qué mila-

gro ni qué ocho cuartos! ¡Lo que pasa es que te has llevado al bueno, so atontau, al bueno! ¡El mudo se quedó aquí, conmigo!"».

«Bordari» cuenta uno en euskera, muy ocurrente, en relación con el pleno de un ayuntamiento, pero como probablemente lo soltará en su trabajo no quiero pisárselo.

Salta a la palestra el Rentería de antes y el de ahora: Aquel de los pelotaris, la boina y la alpargata, y la sidrería con su toca y todo. Y el actual con sus maxis, sus minis, sus LP, sus automóviles y electrodomésticos. Desde entonces se nos ha multiplicado por cinco. Antes sabíamos quién era «Beñantxio», el de Goiko-kale y los «lukainka»; ahora no se sabe quién es el andaluz, portugués o argelino que pasa a nuestro lado. «¿Qué?». Se puede opinar, pero es difícil saber qué es mejor o peor; eso sí, es muy distinto.

«¿Te has enterado? Una cueva inédita en Oyarzun». «¿Sí? ¡Me extraña! ¿Cómo se llama y dónde está?» «¡No lo sé!». Y esta conversación da pie para dar un repaso a las de esta zona: Aitzbitarte (Kuku-zulo y Landarbaso), Txatola, Erreka-txulo, Sarjiña... Y metidos en danza, a los dólmenes de Igoín-akola y Txoritokieta; cromlechs de Oyeleku, Basateko-kaxkua, Egi-eder, Errenga (Mairu-baratz, hoy amenazado por una carretera forestal) y el de Jaizkibel (destruido al construir el depósito del hostal). Efectivamente, vivimos en una zona que no data y de la cual estamos eliminando hasta sus más pétreos testimonios. ¿Por qué tan difícil para nosotros el binomio progreso-cultura?

Se habla, casi con ardor, sobre la novela, el periodismo, la poesía, la música, el baile y el cine. Y de las musas que los inspiran y de las vivencias que los condicionan.

«¿Se irá de Rentería la industria?». Esta pregunta suscita comentarios muy densos: Su infraestructura (dispone de importantes vías de acceso y puerto, aeropuerto y frontera, próximos), así como las posibilidades de formación de sus habitantes, hace que Rentería disponga del suficiente atractivo como para pensarlo más de dos veces antes de tomar la drástica medida de trasladar una industria. Sin embargo, es cierto que algunas ya lo han hecho y otras han comprado terrenos en poblaciones próximas. Abunda también en este sentido el criterio expresado por algunos empresarios de que si tuvieran que ubicar de nuevo su industria no lo harían en Rentería, actualmente. Y es que la industria del lugar se encuentra cada día más constreñida por los cinturones residenciales, con las exigencias que ello comporta. Si interesa que la industria se quede, crezca o aumente, será necesario potenciar la actual al mismo tiempo que se crean polígonos industriales. ¿Pero, dónde? El terreno adecuado para la industria se halla casi saturado, quedando como posibilidad las zonas altas, con sus inconvenientes. En definitiva, parece ser que el renteriano tendrá que tomar conciencia de que trabajar fuera del término municipal (muchos ya lo hacen) no es gran problema. Y menos, si, como

se está viendo, la solución está en la comarca. Y si la comarcalización es irreversible el renteriano le hará frente con el criterio realista y el optimismo que le son característicos.

Aparece una admirable fotografía de Arteche que suscita, inevitablemente, entrañables comentarios sobre «Joxé». ¡Qué cosas hubiese dicho—y cuántas callado—sobre nuestros alcaldes!

También el *baserri* suscita amplio comentario. Y es que a nada que le arañen a uno la piel surge el *baserritarra*, y presionando un poquitín más aparece el *artzaya*. Y brota esta importante duda: «Cuando se le concede un crédito al *baserritarra*, ¿se le ayuda?». No hace mucho la acción pública centraba sus directrices en las vacas para ordeño y luego resultó que el precio de venta de la leche no daba beneficio; hubo también la fiebre del insigne «insignis» y ahora el pino ruso puesto en Rentería parece ser más rentable y... con menos peligro de incendio en nuestros montes.

¡Adiós a la estampa patriarcal y bucólica del blanco caserío con su perro bullicioso, pacientes vacas, sufrido y sonoro burro, secular *gurdi*, zarandeadas marmitas, verdes prados y con esa su magnífica institución denominada *etxeoandre*! El caserío actual conjuga problemas de bigote y el del futuro será muy distinto, y sus moradores tendrán que mentalizarse al son que marquen sus colegas europeos. El caserío como ente se verá precisado a integrarse en una agricultura evolucionada, de elevada técnica y con ideas planificadas. Para racionalizar la empresa agrícola será necesaria su concentración y cooperación. Y por ello y para ello el *baserritarra* tendrá que transformarse convirtiéndose en empresario agrícola. ¡Gran responsabilidad—y qué reto tan bello—para las escuelas de capacitación! De todas formas, y según los técnicos, de cara al futuro no hay por qué ser pesimistas, puesto que también los agricultores de otros países europeos soportaron y soportan la industrialización con toda su secuela de atentados a la agricultura (también tiene sus pros, como son el fuerte consumo de alimentos y la aportación de medios mecánicos, químicos, etc., para la labranza) y, sin embargo, han superado lo más fuerte de la crisis moviéndose actualmente con los riesgos inherentes a todo negocio. Estamos seguros, pues, que nuestro *baserri* superará también la fase evolutiva que comienza a configurarse. De todas formas, el primer síntoma de positiva fuerza en el cambio lo observaremos el mismo día en que se construya un nuevo caserío. ¡Esta sí que será la pura verdad!

Vamos quedando los penúltimos de siempre, deshojando los dos últimos pétalos clásicos de la madrugada: la política y la fe. Y esta última y la hora que es me recuerdan a un amigo entrañable que sustenta la teoría de que las mejores horas para hacer apostolado, entre los amigos, son las de la madrugada. No es extraño, pues, que, consecuente con su idea, sea un contumaz catequista.

La exhaustiva conversación, ya en la calle, va decayendo. Y uno de los dos que hemos quedado da pie para rematarla: «¿No crees que pueden hacernos daño a los ojos las luces del amanecer?» «Sí; creo que sí. Y además no es cosa de ir al currelo sin desayunar, no vaya a ser que nos dé "mintxuriya"».